

MARTIALA



revista idealista y a destiempo del final de este siglo.

n.º 6
otoño / 83

HEMEROTECA



ángel luis c. fumanal	martala, como purísima eva
josé luis riechmann	delirio de brujas, fantasía del medievo
pedro garcía martos	fotografía
jorge riechmann	josé bergamín, insurrecto por la gracia de la poesía
joaquín carregal	los dioses en la américa pre-colombina
josé mascaraque	¿res publica, ars amandi o ars poetica?
alfredo francesh	poesía
raúl eguizábal	poesía
maría c. méndez lázaro	poesía
carmen gallego cao	poesía
josé rojo	poesía
alejandro altuna	cortázar: la inversión de la fantasía
eduardo aladro	y se hizo la noche y fue brueghel
josé mascaraque	las brujas o las artes amatorias por cuatro reales
francisco julio marín	comic

martala / director periodista: rafael alfaro / al cuidado de la edición: adolfo herrera y josé mascaraque / consejo de redacción: francisco castañón, emelina santana, mercedes benito, andrés dueñas, josé antonio de miguel, javier tarancón, elena pulgar gómez, eduardo aladro vico / consejo responsable: gregorio m. perez, mercedes benito, javier tarancón / edita: asociación juvenil martala / imprime: gráficas dehon, morera, 23, torrejón de ardoz / redacción: camino de los vinateros, 81, bajo c, madrid-30 portada y contraportada: alberto durero y william morris / sumario y pie de imprenta: antón bachvarov y pablo picasso / depósito legal: m. 8644-1982. patrocinan: fundación banco exterior y fundación santa maría.

MARTALA, como purísima Eva

Tú, Martala —mujer y musa—, no has podido ser nunca niña. Nacistes vestida de galas. Y al cumplir la primavera no podías sustraerte a la caricia de tus primeros amantes. Era inevitable que todo el que se albergara algún instante entre tus líneas quisiera hacerte suya para siempre.

Sabes, Martala, que las Musas son hijas de la Memoria. Por eso, también es inevitable que toda la historia quiera hacer en ti morada. Tú, que eres de ayer, Martala, habrás de cobijar entre tus pliegues el discurrir de los siglos. Centenarios y milenios vienen a desfilar ante ti. Se presentan como tus huéspedes, pero quieren ser tus pretendientes. Si tú te desnudas ante ellos —mejor desnuda ante la historia—, te sorprenderás enseguida de que todos intentarán seducirte con lo mismo. Todos, todos, te ofrecerán el paraíso.

La historia es larga de contar, Martala. Hace ya medio milenio nació un alemán llamado Martín Lutero, que predicó la libertad de la fe contra la imposición exterior del texto. Lutero, que rompió las bulas de Roma, concedió licencia a cada cual para construir un paraíso a su albedrío. Todos recibíamos directamente las llaves de aquel Edén, que hace míticos milenios perdieron Adán y Eva y que otro nuevo Adán había rescatado hace casi exactamente diecinueve siglos y medio. «La fe sin obras», dijo Lutero. Siguiéron otros reformadores asegurando sin más la predestinación de los elegidos. De ahí nació una nueva ética. Y de la ética protestante —lo dijo un sociólogo llamado Max Weber— nació el espíritu del capitalismo: Sintiéndose predestinados unos pocos se lanzaron a transformar el mundo y con su genio creador volvieron ubérrimo el trabajo de muchos.

Pronto se pudo observar que en aquel sagrado jardín de árboles de acero junto al fruto de la vida crecía también el fruto de la muerte. Ahora hace cien años, Martala, murieron dos hombres que trajeron a nuestro mundo una espada de rebeldía, en cuyo filo brillaba la promesa de un nuevo paraíso. Murieron. Pero se fueron lanzando al viento de nuestros oídos un coro de melodías y manifiestos. Miralos, Martala, a tus dos costados; míralos a a tu izquierda y a tu derecha, Martala, Penélope de doble pretendiente. Uno es el amante heroico, Siegfried superhombre: te ofrece todo el oro del Rhin y el Walhalla feliz que arrebató al dragón en feroz batalla. El otro es el amante popular: te ofrece la desalienación y, tras el gran salto adelante, el soñado paraíso sin clases. Y tú de pie, vacilante, entre la historia y el mito, entre la materia y la idea, entre el instinto de dominio y el dominio del instinto, de pie vacilante entre Caribdis y Escila, entre Marx y Wagner.

Quizá maldecirás al dios que te sacó de la nada, novísima Eva de una creación doliente. Maldecirás la suerte que te ha cabido en un Edén inverso: la opción de sacar de tus propias costillas uno u otro Adán. Oirás, mientras duermes el sueño creador, voces de sirenas que te susurrarán al oído: «Ven con nosotras a donde solamente suena el trino de los pájaros. Bebe allí las aguas vivas en la fuente sagrada de la raza. Después podrás, por fin, bañarte en la sangre del dragón rojo». «Siguenos, camarada, a la montaña de la solidaridad sin fin. Te salvarás de las mil opresiones y del imperio fatal. Al otro lado del muro amigo abrazarás a la humanidad que trabaja su sueldo, que ama el calor de la propia vivienda y que nunca carece del pan quinquenal».

Pero tú, Martala, musa y madre Gea, mantente en el centro, fiel. Construye dentro de ti. Gesta. ¿Quién sabe si aún habrá para tus nupcias un tercer hombre, Adán novísimo? En el largo tiempo de la espera mantente velando tu hacienda como un Don Quijote ya lúcido sobre



el suelo austero del huerto de Getsemaní. Tú tampoco has conocido el miedo. De los jardines que te rodean coge con cautela la más bella flor. Y cuando llegue el instante de buscar nuevas tierras al otro lado de este secular 83, evita el espejismo de las encrucijadas solemnes. «Paraíso del Este» - «Paraíso del Oeste», anuncia la esfinge de los caminos. Pero más allá del enigma profundo de las palabras se lee la verdad que grita el peligro: «Unter den Linden/Gulag». Por eso, camina despacio. Sólo podrás alcanzar la dorada meta del fin de este siglo, si sorteas el abismo de aquel «1984» que alucinó a Georges Orwell, profeta cruel.

ANGEL LUIS C. FUMANAL

Delirio de brujas, fantasía del Medievo



Sucede en ocasiones, al contemplar un paisaje a través de un ventanal cubierto por vidrieras, que ambas imágenes, como si una a otra, mutuamente, se desearan, se funden y fusionan. Y ocurre entonces que nuestro escaso discernimiento es incapaz de separarlas de nuevo, que no alcanzamos a distinguir qué pertenece al mundo y cuál es la transparencia. O cuál la realidad, cuál la fantasía. Por ello, olvidaremos despreocupadamente en nuestro pobre discurso cuanto de real siquiera vislumbremos; fijémonos sólo en la vidriera, y acá también en las inciertas sombras que la espesa bruma y ella se intercambien.

Y puesto que de brujas pretendemos hablar, ¿qué mejor fuente hallaríamos, dónde encontraríamos licor más sabroso y embriagador que en la novela medieval? Adentrémonos, pues, en esa cavidad penumbrosa que fue el Medievo, juntemos la hojarasca por allí extendida; ¡que arda! Y leamos en el humo de su fuego. Ya que acaso lo que ahí descubramos sea semejante a lo que la rubia hechicera, reina de las Islas, prometiera a Lanzarote: «El don que te ofrezco es el cambio. Un día todo reirá, el próximo engendrará fieras tormentas, una violencia salvaje y demoledora, capaz de desgarrarte, maravillosa. Te prometo que el reposo seguirá al frenesí, que el calor alternará con el frío. Tras las lujurias de la carne y el espíritu, sobrevendrá una ascética mesura. (...) Te ofrezco la vida. Un día serás rey y al día siguiente un siervo abrumado de trabajo, para poder valorar tu condición de monarca. Y, finalmente, te ofrezco una muerte apropiada, dig-

na y deslumbrante, el corolario adecuado a una vida apropiada, digna y deslumbrante...» Caminemos, pues, entre sortilegios, por los dominios feéricos.

Brujas dije. Más bien brujas, magos, hadas y maléficos hechiceros (hijos del demonio, tal vez), pues todos pertenecieron a la misma cofradía. Y todos fueron parte fundamental, savia y tronco a la vez, del árbol de la fantasía medieval.

Las brujas, todos estos seres, estuvieron, sin embargo, trascendidos, sobrepasados, por la ilusión de la Magia que, como pegajosa resina, impregnó toda la literatura caballeresca, al tiempo que la prestaba sus colores. La teñía, la inundaba, ora con las oscuridades de la tenebrosa Nigromancia, ora con los tonos sonrosados de unos banales fuegos de artificio.

Pero sea la Magia del signo que quiera, sean sus dueños (o arrendatarios) celestes o perversos, que todos ellos habrán de someterse, doblegarse como el sauce bajo la tempestad, al peso de su propia época. El dualismo, por ejemplo, que fue a la vez basamento y aderezo, pátina y esencia de la Edad Media, les cobrará así su tributo. A él es debido que a Urganda se enfrente Arca-laús el Encantador, que Arturo sea objeto de disputa entre Nyneve y Morgan le Fay. Pues, hasta Melusina portará sobre sí su propia condena, su mutación sabática, destino inevitable.

Inevitable ciertamente, pues pese a su dominio de las tácticas nigrománticas, brujas y magos, ninguno podrá rehuirlos. Y tal vez no encontremos

mejor explicación para ello que la que en su día recibió Arturo de boca de Merlín: **«En la lid entre la sabiduría y los sentimientos, la sabiduría nunca triunfa. Te he predicho el futuro con certeza, mi señor, pero no por saberlo podrás cambiarlo siquiera en el grosor de un cabello. Cuando llegue la hora, tus sentimientos te precipitarán a tu destino.»** Aunque quizá no fuese del todo acertado buscar, más allá aún, al Cristianismo y a la omnipotencia divina. (No olvidemos que monjes galeses retocaron las nacientes e imberbes leyendas artúricas, allá entre las postrimerías y los comienzos de uno y otro milenio. Ni que la **«Demanda del Santo Grial»** es libro de origen cisterciense.) Ya que a lo mejor comprendemos entonces que las brujas, buenas y malas, no fueron sino títeres, ya manejados por Dios, ya sucumbidos al Maligno. Al igual que nosotros, pues, por poderosos que fuesen, magos y hechiceras eran de humana condición.

Y, como nosotros, amaban y compadecían, odiaban y deseaban; víctimas, por tanto, de idénticos sentimientos que el resto de los mortales. ¿No fue Merlín, **«el profeta semidiabólico, hijo de un incubo y una doncella»?** Aunque pareciese que el resto de las leyes terrenas y humanas no contaron para ellos; ya que, si prestas atención, algún día que vagues sin rumbo por espesas florestas quizá llegues a oír, lejana, la voz de Merlín que todavía clama desde su prisión. O podrías incluso escuchar de cierta dama: **«...é sabe que mi nombre es Urganda la Desconocida. Ahora me cata bien é conósceme si pudieres. Y él, que la vió doncella de primero, que á su parecer no pasaba de diez y ocho años, vióla tan vieja é ten lasa, que se maravilló cómo en el palafrén se podía tener, é comenzóse a sanguijar de aquella maravilla. Cuando ella así lo vió, metió mano a una bujeta que en el regazo traía, é poniendo la mano, por sí tornó como de primero.»**

Sea como fuere, las brujas desvelaron los oscuros designios del futuro y los significados ocultos del pasado; por ellas fueron reparados los cuerpos de los caballeros, destrozados tras las

cruentas batallas y sanguinarias lides; ellas se regodearon en los encantamientos como el gato con el ovillo de lana. Y ellas, en fin, hubieron de satisfacer a menudo hasta las necesidades materiales de los caballeros, y, ciertamente, se mostraron más útiles e ingeniosas que éstos.

Pues bien, lo que deseamos es reconsiderarlas humildemente, sin mitificarlas y sin caer en supercherías. Pero sí reconocerles ese papel fecundo y simpático que tuvieron. Y gozar con ellas, del mismo modo que nos deleitamos con la miel de una colmena encontrada por azar en un árbol hueco o tocón podrido. Porque sin su presencia los libros de caballerías serían tan tristes como la sordomudez y la ceguera juntas en un solo individuo.

Aunque no por ello

debemos pensar que la fantasía medieval se redujo a las brujas y a sus hechicerías. De hecho, hacerlo así sería injusto, e imprudente. Tanto como lo sería jurar, al asomarnos a una playa, que toda el agua del mundo se extiende ante nuestros ojos. Porque necesidad es, sin duda, querer ceñir a tan evanescente deidad. Fantasía, corpiño tan asfixiante. ¿Dónde quedaría entonces **«la insola Firme é las extrañas cosas é maravillas que hí son»?** ¿Dónde aquel fabuloso Endriago, **«cosa tan espantable é tan desemejada de todas las otras cosas que fasta allí se vieron»?** ¿Dónde tantos otros prodigios?

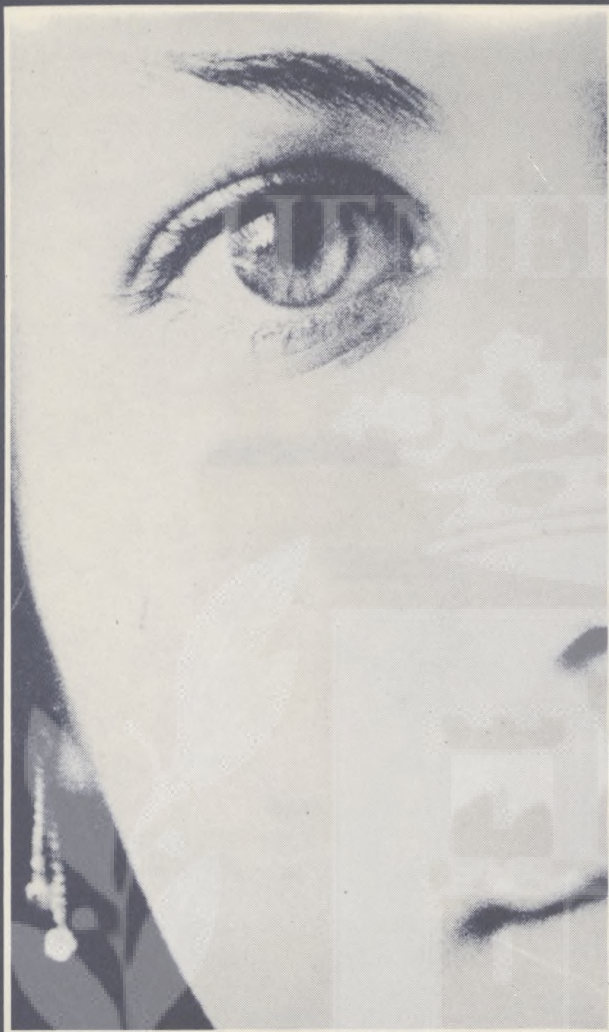
Finalmente, no nos queda más que unirnos a su dichosa compañía y, con el espíritu hechizado, atender a los enigmáticos sucesos que nos escolten durante el viaje. Caminar junto a ellas, al tiempo que, pausadamente, vamos desgranando sus nombres. Hacia Avalon; el Más allá

de las leyendas bretonas, isla misteriosa y esquivada para nosotros.

Caminemos, pues, y no olvidemos ofrendarles las gracias más encomiables, porque ellas nos recrearon e inundaron nuestros sentidos, turgentes ahora de maravillas. Ofrezcámoselos de nuevo; lo que nos traen es el tesoro de otro mundo.

JOSE LUIS RIECHMANN





Martos

El mundo
es tu cuaderno de ejercicios,
en cuyas páginas realizas
tus sumas.

No es la realidad,
aunque puedes expresar la realidad
en él si lo deseas.

También eres libre
de escribir tonterías o embustes
o de arrancar las páginas.

RICHARD BACH.





Rara Avis

HEMEROTECA



BPM Cardenal Cisneros

José Bergamin

JOSE BERGAMIN, *insurrecto por la gracia de la poesía*

«Cuando yo me muera
no me recordéis.
No vale la pena.

Cuando me haya muerto
no me reviváis
con vuestro recuerdo.

Cuando me haya ido
olvidadme pronto
con piadoso olvido.»

(De «Esperando la mano de nieve»)



Se nos ha ido un español enorme. Y porque en lo vivo, en lo más vivo nos ha tocado su muerte, precisamente por eso hay que bajar la voz y evitar decir sandeces como: «se nos ha ido un español enorme». Por elegancia vital, y mortal: para no manchar la alta soledad y la tensión clara del caminar de José Bergamín, católico libertario, meditador exacto por paradójico o paradójico por exacto, poeta. «El ser humano», nos dice otro poeta, «no es sino una flor del aire sostenida por la tierra, maldita por los astros, respirada por la muerte: el aliento y la sombra de tal coalición, a veces, le sobrealzan». No haremos necrología, porque José Bergamín estaba vivo cuando murió (y acaso sea esto mucho menos sólito de lo que se sospecha): indoblegable y urgentemente vivo. No trenzaremos mortuorias coronas de retórica, porque la única manera de honrar a un creador súbitamente lejano es permitir que su creación encarne en las vastas, difíciles vidas de los hombres y mujeres a quienes estaba destinada; y ello pensando su pensar («No pienses nada o piensa hasta el fin. ¡Qué pocos se atreven a seguir hasta el fin su propio pensamiento!»), viviendo su poesía. Nos alzamos hasta la palabra del poeta cuando nos hacemos poetas: creadores. Y tributaremos el más radical homenaje a José Bergamín resolviéndonos a pensar —soñadoramente. Y a soñar pensativa, iluminadoramente el sueño de nuestra vida... «Aprende a ser el que eres hasta dejar de serlo. Aprende a ser sueño, como el Segismundo

calderoniano: hasta despertar, para serlo dejándolo de ser.» En la relectura de José Bergamín encontraremos a menudo aliento para el supremo coraje: atrevernos a dudar, a desenmascararnos, desencantarnos y desengañarnos, a poner en cuestión los sistemas —de creencias o credulidades— que necesitamos para vivir y que matan nuestra vida: dar el salto desde el cementerio de los dogmas al libre espacio abierto de las inseguridades, del riesgo incalculable. «Nada peor le puede suceder a un hombre que encontrar soluciones a todo sin haber buscado antes problematizar nada.» En José Bergamín conocemos y reconocemos a esa España luminosa que, traicionada de manera secular por su historia calcinante, tiene que ser buscada entre sus rebeldes, sus heterodoxos, sus místicos, sus derrotados, sus expatriados: la verdadera España por ser la España de nuestra verdad. En fin, José Bergamín no ha envejecido en academias, no se le encuentra en los supermercados de la literatura, no le han dado el Nóbel de la transparencia: pervive irredimible. A él, insurrecto contra lo atroz, el fantasma más lúcido y lúdico, español del éxodo y de la risa (en los huesos), peregrino en sus patrias, hay que buscarle en otro sitio. «La luz más profunda sólo se entrega a la más profunda oscuridad.»

A dónde irá que no temblemos.

JORGE RIECHMANN

LOS DIOSES EN LA AMERICA PRECOLOMBINA

Texto: JOAQUIN CARREGAL. Dibujos originales de M. VALERIA REZENDE VASCONCELOS



LOS HOMBRES

Los indios —al decir de Rivet— no conocían ni la rueda ni el torno de alfarero, ni el vidrio, ni el trigo, ni la cebada, ni el centeno, ni el caballo, el buey o el cerdo. E ignoraban la escritura. Pero conocían los dioses. Más aún, toda su existencia estaba enmarcada en el universo sagrado donde adquiría fundamento y explicación la vida y la muerte, la paz y la guerra. Los ciclos naturales, las cosechas, el misterio de los orígenes y el transcurso de los días tenían que ver con la divinidad que de múltiples modos presidía las relaciones sociales y la organización política, el trabajo, el juego y la educación de la sociedad del valle de Teotihuacán.

Realidad y mito se transfiguran en estrecha hipóstasis que el arte, la ciudad y los ritos expresan inequívocamente. Así Teotihuacán —con 200.000 habitantes— queda atravesada por la Calle de los Muertos que une el templo de Quetzalcoatl —dios de la fecundidad— con los del Sol y la Luna —altivos altares monumentales— troquelando la vida militar, política y religiosa de la imperial ciudad de la guerra.

La religión politeísta respondía básicamente a las características guerreras y agrarias de la cultura y era expresión de las relaciones cósmico temporales que unía al panteón con la naturaleza y la historia. Un ejemplo de esta relación lo proporciona el ceremonial utilizado en los funerales de guerreros. El sacerdote, dirigiéndose a las viudas, dice: «... no perecieron cavando ni arando, ni comerciando por los caminos, sino que fueron por la honra de la patria; y asidos de las manos con el dios Huitzilopochtli, viven en el sol, y andan en su compañía ataviados de luz. De ellos habrá eterna memoria. Lloradlos, mujeres de Tenochtitlan, y llorad vuestra desgracia y aflicción».

El culto se orienta hacia un panteón poblado, complejo y arcaico debido a la infinidad de dioses, a su relación entre ellos, como a la oscuridad de sus orígenes y funciones protectoras. Se realizaba en multitud de templos y centros rituales piramidales (teocalli) en cuyas cimas se sacrificaban adolescentes nobles y prisioneros, como víctimas humanas.

LOS DIOSES

Las fuentes para el conocimiento del mundo sagrado del Anahuac mexica son dos: Los Códices de contenido histórico, literario y religioso —pre y postcolombinos: se conservan veinticinco— y las Crónicas de Indias que surgen con las primeras impresiones del conquistador y misionero en el siglo XVI: Díaz del Castillo, Pedro

Mártir de Anglería, Joseph de Acosta, Diego Durán y otros. Del Fragmento de Aubin, Códice jeroglífico azteca postcolombino, magníficamente comentado por Alfredo Chavero en 1880, surgen algunos de los emplumados dioses mexicanos.

TEZCATLIPOCA, el dios de la providencia y «espejo humeante», es la personificación del sol en su aspecto ardiente y destructor. Proporcionaba riquezas a los justos, otorgaba potestades y jerarquías y castigaba a los viciosos con enfermedades y otros males. Cruel y sombrío exigía frecuentes sacrificios humanos. En la fiesta anual de la primavera y en su honor se hacían los asesinatos rituales. TLALOC, dios de la lluvia y fecundador de la tierra, concede las cosechas del cielo y protege de los temporales. HUITZILOPOCHTLI, primera y principal deidad mexicana, con primacía sobre los demás dioses, presidía la guerra. Adornado con un casco, una cabeza de colibrí y un penacho de riquísimas plumas, exigía sacrificios sanguinarios dando lugar, a la vez, a un rito agrario de teofagia: su figura de pan y miel era repartida y comida por los asistentes a las solemnes fiestas anuales en su honor. MIXCOATL, por tener la falda cuajada de estrellas es llamada la vía láctea. Otra diosa es COATLICUE. Como Tlaloc, CHSLCHIUHTLICUE preside las aguas vestida con enaguas azules y empuñando una corriente o río que dará vida y lozanía a la fértil tierra. XIUHTECUHTLI, dios del fuego, tiene una culebra azul con plumas en su mano derecha. En la izquierda un escudo, símbolo de la luna, y el cuadrado que significa la tierra. En el pecho el sol. QUETZALCOATL, uno de los principales dioses del panteón, llamado también la «serpiente emplumada» por su relación con antiguos cultos a la serpiente, muchas veces es antropomorfizado en un anciano de barbas blancas. Dios de la fecundidad, estrella de la mañana y relacionado con el viento, es adorado en el templo mayor de Toluca. TONANTZIN, «nuestra madre», protege como divinidad la fertilidad y la procreación.





Hojas de Poesía

¿Res publica, Ars amandi o Ars poetica?

Si, cuando se llega a la edad de la razón, lo primero que se aprende es a cruzar las piernas y a imitar las risitas (o el tono de voz) de los padres (de la patria), más suele tardarse, sin embargo, en descubrir los trucos (los argumentos) con que se amonesta a la animalia humana para que (sin miramientos) se considere animalia divina. Y por trivial que parezca (me esmeraré para que no te estorben más los paréntesis) lo humano tiene tal regusto al cariño de lo humano que bien pronto el hombre llega a afirmar «el Amor soy yo», incluido el querendón de Sade y, aunque esto nunca lo dijera Proudhon, a edificar así sobre cimientos sólidos el Estado ¿Celeste?

Pero humanos o divinos, ¡venga ya!, ¿por qué ocultar que en el empuje de todo se enseñoreaba la magia sin más Orden General que el saxo, el caramillo y la balalaica y sin más lenguaje que el besico de simio, aunque, eso sí, sin el arranque del simio, ya? En fin, cosas muy sabidas, como esas que los payasos no se mueren nunca o que vendiendo carbonilla no se pasa hambre o que (y por qué no, perdón) en cualquier trolebús, jo, se puede conocer a una persona buena, pues, al fin y al cabo, en los sueños el cielo siempre es azul como dijera bajo la carpa del génesis aquel gran clown con ojos de granuja.

Y así fue como fue para que en el introito fuese la palabra, es decir, la metáfora, y sus principiadores, los poetas: no me digas ahora eso de que a las serpientes no les gustan las manzanas y lo otro y lo de más allá, pues, di, ¿se puede hablar sin pecar o, mejor, se puede pecar sin soñar, o, al revés, se puede amar sin balbucir un mecagoenlá o escribir si acaso un solo verso sin haber soltado de infante(a) al menos un carajo?

Y con la palabra fue la insurrección y, con el amor, la carantoña: y entre el instinto y la gracia 70 veces 7 versos como un solo poema, pues, verdad usted, todavía no tenemos el título, aunque sí ¿el destino?

JOSE MASCARAQUE



HEMEROTECA

Cernuda escribe Luis de Baviera escucha «Lohengrin»

Grave, efímero y —como todas
Las almas ciertas— muerto desemboca,
Oídos y ojos amplios y abiertos y
Atentos y escuchando. Hasta el alba el rito
Antiguo lo demora; hasta el alba
Abarca los caminos, desnudos, ofrecidos.
Hasta el alba aves migradoras y cenizas frías
Y lentos cortejos que lentamente
Rige y que alumbra.
¿Cuál de los dos es él, o no es él, acaso, ambos?
Y qué raro demiurgo será
Fin de la música, de Ludwig y poeta.

A. FRANCESCH

BPM Cardenal Cisneros

HEMEROTECA

Falsificaciones

I

No pude recordar
la tristeza de su cuerpo
quise pensar en el sabor de manzana
de su blanca carne
y sólo me acordé de las flotantes algas
el tacto
y una suspensión coloidal.
La imprevisible reacción de la piel.

II

Es una dalia lo que llevo en el ojal
las manos meticulosamente limpias y las uñas limadas.
¿Es esto la lubina? El pañuelo me huele a lavanda
y la ropa interior de seda una caricia.
El primer plato en la mesa con todo lujo de detalles.
Escarlata en tus labios, saco una manzana
podrida de mi bolsillo
y me la llevo a la boca
un prodigio de blancura mis dientes
el último dentrífico.
El animal sacrificado en mi plato
consumo el rito.

RAUL EGUIZABAL

BPM Cardenal Cisneros

HEMEROTECA

I

Desprendió sus pendientes de
sus lóbulos y los colocó en
mis manos me miró detenida
mente oscura deseóme
suerte repasó mis
pocos bultos.

El silbato sonó
convencido de mi
tipo salté el escalón.
Un andén despoblado,
la sonrisa cómplice
y un cielo preparado
para descargar
elementos suficientes de
una escena pasional
que no se dió.

II

EL LIBERTICIDA

El año de su desaparición
le dieron por perdido
y pocos años después
se creyeron que habría
muerto
en uno de sus desesperados
intentos de acabar con alguien
o
consigo.
Aún en calidad de fantasma
no te van a perdonar, Casanova,
y eso no sé si te importa.

MARIA C. MENDEZ LAZARO

BPM Cardenal Cisneros

HEMEROTECA

Apunte en Atocha

Hay el esquema externo:

el tráfico que rueda en orden convenido,
con itinerarios, paradas y horarios fijos,
el comercio para adquirir la provisión diaria
de bitter o cosméticos,
la fuente en su trabajo de aguas y cristales
y el azul improbable sobre el scalectrix ...

Entonces llegas
conduciendo tu micro,
me buscas con un giro de cabeza
—tu soberbia cabeza agitanada—
Y es ese breve gesto tuyo, no previsto,
—es apenas un beso insinuado—
el que interrumpe el ritmo de la tarde
y el que establece el orden verdadero:

Verdad
de dos seres enfrentados,
verdad
de tener miedo hasta la espuma,
verdad de amor y sed,
verdad de muerte
de no saber amar hasta la vida.

CARMEN GALLEGO CAO

BPM Cardenal Cisneros



Sensación de la Muerte

Este pulmón battiéndose en las grutas
del aire.

Este cristal y el canon de sus
alas; polvo de parafina son las gotas
de lluvia en el alero.

Desierto blanco:
el otro estado de las cosas
en el sintético lugar de los encuentros.

Esa dama enlutada,
su estático mirar, su obseso acecho;
lisa como la cera
su sonrisa,
tacto petrificado de quien ignora
la espera
y aparece.

La seducción mortal
de un cuerpo yermo,
hierática su carne
de cristal, labios de jade,
contornos de rubí, sin color
de amapola en su mejilla.
Despojada de fealdad,
vestida de indiferencia:
la luz lisa de sus ojos.

Hierro al Fuego

Un grito transparente en la negrura.
Del corazón del hierro
salía como una hoguera comprimida y
[densa:

el corazón del fuego. El calor
sin contorno de calor,
un forcejeo invisible
del ojo contra su ojo.
Y una caja de plomo derritiéndose.
El movimiento de la página de un libro,
la pausa de la mano,
la contención del brazo
al avanzar por el plano del firmamento
[negro
tras la otra puerta.

Lago de asfalto que a los cuerpos
[abrazaba,
gruta del ojo. Hierro al fuego.
El rescoldo en la ceniza
de un rostro perdido en la invocación,
la llave de un designio
y el trémulo sosiego
del ojo de la lumbre contemplando:
premonición absoluta de los silencios.



CORTÁZAR: La inversión de la fantasía

Probablemente nadie se haya atrevido a afirmar que en las obras de Cortázar hay misterio; nadie, tampoco, lo ha negado. Lo que sucede o no sucede, lo que tan sólo se insinúa o se afirma abiertamente, aquello que en sus cuentos se dice o no se dice, es sólo una parte de la verdad o del silencio, una dilatación de lo inminente. En *Deshoras*, último libro de Cortázar, el panorama se complica: algunos de los cuentos se confunden con la biografía. No se trata ya de hacer un hueco en lo real para alojar la ficción. La realidad se vuelve fantástica. Así, en «Botella al mar», narración con la que se abre el libro, Cortázar dirige una carta a una actriz de carne y hueso. La actriz se llama Glenda Jackson; la película, *Hopscotch*, esto es, *Rayuela*. Lo asombroso no acaba aquí, sino que, al igual que Cortázar «mata simbólicamente» a Glenda Garson en uno de los cuentos de su libro anterior, Glenda Jackson mata, en la película, a un espía que ha escrito un libro sobre los enrevesados secretos de la CIA, el FBI y la KGB. El libro, traducido al español, se titula *Rayuela*. Se trata, pues, de «una incalculablemente hermosa simetría», en base a la cual se intercambian los papeles de la realidad y la ficción: la realidad alude al cuento y no a la inversa. Esta destrucción de las barreras entre lo narrado y lo vivido aparece también en la última narración de *Deshoras*, «Diario para un Cuento». Aquí, Cortázar va dejando constancia de las dudas o de los problemas que le surgen a medida que trata de construir una historia a partir de un recuerdo. Las primeras anotaciones (puesto que el texto está ordenado como el de un diario) parecen no poder despegar definitivamente hacia el relato: dan vueltas en torno al recuerdo de Anabel «como un perro alrededor del tronco». La historia va apareciendo poco a poco, sin que apenas se perciba su comienzo, hasta llegar a un punto donde ya no se puede dilucidar lo que hay de genuino y de añadido, de auténtico recuerdo y de exigencia de la ficción. El resultado es una mezcla de experiencia y fantasía inexcusable, que es mostrada por Cortázar como incapacidad del escritor para narrar el recuerdo en estado puro, para no fantasear: «y es tan triste escribir sobre mí mismo aunque quiera seguir imaginándome que escribo sobre Anabel».

El resto de los relatos son del estilo más clásico que acostumbra Cortázar. El desasosiego de «Fin de etapa», la



metafísica sórdida de «Segundo viaje», plagada de paralelismos que hacen intuir un fin implacable, el juego de los dos lados en «Pesadillas», donde el lado de acá es más cruel, más tenebroso, que el de las alucinaciones y el delirio, van recreando, una vez más, los viejos temas: la angustia, la premonición, la tiranía.

Los tres cuentos que restan, aun incidiendo en algún caso en temas semejantes, destacan por su tratamiento especial, por su concepción lírica o descarnada. En «Satarsa», probablemente uno de los relatos más conseguidos, el choque brutal entre el mundo de los cazadores de ratas y el mundo de la persecución política, en el que éstos juegan el papel de víctimas, de ratas, produce escenas escalofriantes, donde todas las víctimas agonizan a un tiempo. Frente a este mundo estremecedor, violento en todas sus dimensiones, aparece, en «Escuela de noche», el contraste entre la normalidad y lo grotesco. La rutina cotidiana de la escuela, con sus simpatías o antipatías diurnas, se convierte la noche de los sábados en un bochornoso espectáculo, donde personajes de una agresiva respetabilidad durante el día se convierten en todo lo contrario que predicán y tratan de imponer. La escuela, de noche, es otro mundo, más real quizá, porque en él aparece la auténtica realidad de los personajes.

Finalmente, «Deshoras», narración que da título al libro, describe el reencuentro de un escritor, dedicado a los versos y los relatos por temporadas, con un recuerdo de infancia. Al cabo de muchos años, Anibal encuentra a Sara, la hermana mayor de su inseparable compañero de infancia. Es entonces cuando descubre que los afectos suelen existir en medio de una implacable simetría. Sólo el tiempo es capaz de derrumbar los obstáculos que, en algún momento, impiden que salgan a la luz, pero entonces es ya demasiado tarde: con los obstáculos se derrumban las visiones ingenuas, detenidas en el pasado.

Probablemente no, no haya misterio en las obras de Cortázar. Sin embargo, siempre hay algo en ellas que nos resulta incomprensible, lejano y familiar, como una realidad desatendida repentinamente abierta ante nosotros. Y es en esto, precisamente, donde radica el misterio: los cuentos de Cortázar ayudan a ver.

ALEJANDRO ALTUNA



CALINE FAUNE

Y se hizo la noche y fue Brueghel



Sus rasgos me siguen pareciendo dudosos e inciertos como el día primero; sé, con todo, que no ha de ser de otra manera; el olvido —el olvido o la memoria— tiene modos inescrutables, no afloja un solo instante su presa, modela los rostros hasta hacernos ver que no son sino arcilla. La acometí una y tres mil veces: en vano.

¡En vano! En otro tiempo presentí que nuestro abrazo fuera dulce y he aquí que el dolor señala los encantos partidos: la piel quemaba, nos traspasaban los gozos que el día no puede referir; la suave torpeza y el arrobamiento estallaban en besos que vacían el alma y ajenan los cuerpos.

Ignoro en qué pasaje de gritos y de golpes grabó su pecho en el mío líneas indelebles de púrpura, o cuándo adiviné en sus miembros trazos de animal celeste, no de mujer que jamás conociera, o cuándo labró su boca el horror en

la mía. Sí, miré, y la noche comenzaba a arder, y me obstiné en retenerla, cuando ella, sin reparar en misericordia, daba trato tan severo a su insensato amante. Imprudente, agoté mi fuerza, y ella, luego de cortar los lazos de mis músculos, alzó mi peso, se encaramó sobre mi bulto sangriento y quedó inmóvil.

¡Loco de mí! Estoy tendido aún, así deshecho. No osaría con gemido turbar su majestad recobrada. El día de mi agonía avanza: bajo la figura acerada que sobre corvas garras saluda al cénit mi miseria es sólo cruel comentario.

EDUARDO ALADRO



Las brujas o las artes amatorias por cuatro reales

Entramos de rondón, de la mano de la **Historia de los Alumbrados**, de Alvaro Huerga, en la España del siglo XVI, —cuando los españoles por una nonada se decían bellaco, charlatán o hijo de puta—, y pronto nos topamos con los inquisidores metidos en faena y, sin apenas darnos cuenta, nos colamos por entero en la historia española en estado puro: **«De la soberbia española, nuestro más terrible pecado, salió el absolutismo, cascarón muerto de la verdadera España (...). De la melancolía española, de su resignación, saldrá quizá la nueva cultura. Es la cultura que anuncia la España del fracaso, la más noble o quizá la única enteramente noble»**, como dirá María Zambrano, si es que me perdono a mí mismo trasvasar la melodía de sus palabras, tan repletas de blancura, a la trivialidad de las mías, y en tema tan degradado. Y, pues el daño ya está hecho, por qué no hablar, sin más escapes de conciencia, de los daños, calamidades, azotes y desdichas que tuvieron que soportar, en hueso y pellejo propios, las brujas y hechiceras por esta zona de silencios que llamamos España, pues lo primero que columbramos es que estas féminas se cerraban como almejas a los interrogatorios. Cómo, entonces, jueces, fiscales, notarios, alcaldes y demás cristianos de genio agrio podrían hacer sus pesquisas y saber a quiénes debían ponerle dos pares de grillos o, en el caso de los brujos, si tenían que parar de galeotes, si no fuese por la aplicación del tormento del yunque, **«puestos los brazos atrás, atados los pulgares con once vueltas de cordel, y asidos de la maroma y vueltos adelante»**, por más que en aquellos tiempos para saber de suplicios fuese suficiente con pasarse por ventas y mesones o hacer un viaje en mula, como nos cuenta un secretario de la Inquisición, llamado Alonso Osorio: **«La ocasión del camino tan largo, áspero y recio que traxe desde Santiago a esta ciudad (Córdoba), que hay 170 leguas de jornada, y haber caído la mula conmigo en el puerto de Yébenes, hallándome sangrado y en cama por un apostema en un testículo»**, y eso sin contar con que los servidores del Santo Oficio, altos y bajos, también tenían



que desfilar bajo las horcas caudinas de un Inspector, con el fin de sacar a relucir (no al balcón público, se entiende) todos los paños sucios de cada uno de los que se sentaban en tan santa mesa, pues como buenos servidores de la justicia debían ser a la par reos, al menos de vez en cuando, y estar al tanto del extremo desprendimiento con que tenían que asistirle y, así, que no se diese el caso que en vez de criar monstruos criaran cuervos, o que cometieran error o desvarío quienes tenían que cumplir la justicia inapelable a pie enjuto, en los demás.

Y ya que, como se sabe, el Santo Oficio no necesitaba espuelas en eso de descubrir malas ardidés o en dar caza a toda clase de gentuza, no podía menos de toparse, tarde o temprano, con todas esas fembras que salían, entre las 11 y las 12 de la noche, durante tres miércoles consecutivos, **«con un pie calzado y otro descalzo, a ir a tres iglesias que tuviesen sacramento, y echar una blanca o chanflón en el cementerio de cada una, y decir lo que se quería que hiciesen los diablos teniendo 13 velas y habas y garbanzos (...), y hecho esto, quedaba el diablo teniendo parte con ella(s)»**. En fin, toda una turbamulta de herejes (naturalmente moriscos y judaizantes, pues de quiénes los hechizos y conjuros sino de moros, y otras cosas ma-

yores, como la kábala, sino de judíos), tal lo demuestra aquella testificación contra un morisco por decir que **«el día que no orinaba hacia Oriente, no hacía cosa buena»**, o esa otra confesión que hiciera la Camacha (la bruja principal de Montilla) ante los confesores del Tribunal: **«Que no era su creencia ni intención apartarse de la fe y creencia en nuestro señor Jesucristo, aunque mejor era la ley de antes que Nuestro Señor viniese al mundo que la que ahora tienen los cristianos; y oyendo contar las cosas de luteranos, dijo: ¡buena tierra es esa, que besan e abrazan, vamos allá»**. Pero conozcamos a las brujas por sus utensilios y aparejos: **«Metámanos en el reino de Toledo —nos dice González Amezúa en su estudio sobre el Coloquio de los Perros de Cervantes—: la hora, pasadas de las once, a la media noche, como más propicia y favorable para conocer al diablo; y si es tiempo de pascuas, miel sobre hojuelas; que en tales fiestas se alborotan y regocijan singularmente los malignos espíritus infernales. El lugar de la casa, la cocina, oscura y misteriosa, alumbrada por la tenue luz del mísero candil, o por el reflejo rojo de las ascuas. Por los rincones o en los vasares las armas de la hechicería —que no hay bruja alguna que deje de practicarla—: Estampas de Santa Marta, San Erasmo o San Cristóbal, pegadas a las paredes; clavos hincados tras de la puerta, bolsillos de paño, rojo por una vuelta y azul por la otra, conteniendo sogas de ahorcados, ochavos de verdugos, barajas de 41 naipes, polvos quemados de piedra alumbre, piedra imán, cabos de cera blanca, hilillos de omblicos de niños, habas y agujas, sesos de asno, hienda de lagartos y otras mil porquerías; sin que falte su sapo entre dos velas, o su bien cuidada maceta de valeriana, regada con vino, muy propio para hechizos»**.

Y cuando las brujas confeccionaban filtros a las personas que iban a pedirles remedio para el corazón, o hacían cercos con cuchillos de cachas prietas con el fin de llamar a los demonios esperando que acudieran hasta 35 en forma de galguillos, siendo casi siempre la intención principal de

sus conjuros que los diablos trajesen a la persona deseada, qué se ocultaba tras el disfraz de la hechicería o qué figuraciones creían ver aquellas gentes en la pantalla de sus mentes: para la clientela brujeril, ¿saciar el apetito lascivo?; para las brujas, pues entre ellas mismas se encargaban unas a otras también conjuros, ¿el mismo motivo, además de ser una profesión productiva y pagada con **«dineros en mucha cantidad y otras cosas como pollos y asaduras en cuaresma»?**; para la Inquisición, **«una plaga de herejías y reniegos de la fe»**, y aunque en general los inquisidores debieron ser unas eminencias según los saberes de entonces, no deja de sorprendernos cómo ellos también se lían, con sus procesos al infinito, en la misma madeja de la nigromancia, dándonos a entender, con sus sentencias, que no por ser enemigos de la brujería dejaban de creer en la veracidad argumental de lo que condenaban, siendo tal vez éste el meollo de la cuestión: Satanás (llámese Lucifer, Belcebú, Barabás o Gaíferos) contra Jesucristo o (y no por añadidura) las sectas de Mahoma y Lutero contra la España Imperial y Católica, siendo, entre otros, las brujas y los brujos sus autores maléficis, por lo que, sin más, debían ser considerados herederos clandestinos de los infieles y tropa enemiga de la fe romana y verdadera, como se puede deducir de este conjuro: **«Estrella que andas / de polo a polo, / yo te conjuro / como el ángel lobo / que va yas a... / y me lo ligués y gués»**, por su similitud hostil con esta otra canción cristiana que dice: **«Entra el sol por vidriera / sin rompella; / así nació Dios de una doncella / quedando virgen entera»**, y que fue motivo de acusación contra una morisca por burlarse de quien la cantaba. No obstante, parece que las brujas no fueron para los inquisidores el peor extremo de las herejías, tal vez por lo propensas que eran a la melancolía cuando cumplían sus condenas en las cárceles y lo proclives a quererse ahorcar, acabando casi todas, tarde o temprano, por salir a la calle, como se dice de la Camacha, que, a lo que parece, montó después en Córdoba una pañería.

Con la hechicería tocamos, pues, España: la España, salvo excepciones rarisimas, del bajo pueblo, singularmente el campesino, con sus instintos lúbricos y, en cierto modo, con su religión por entero subterránea, heterodoxa e inversa a la religión del poder oficial que dilucidaría, como sabemos, su hegemonía con la espada al uso y, posteriormente, con el cadahalso; y en el polo opuesto a esta pesadilla brujeril, la España Mística, **«la del amor desasido, sin mezcla de deseo alguno»**, tal la ha llamado María Zambrano, y que igualmente iría a parar a las manos de la Inquisición e, incluso, tratada con mayor dureza: Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, San Juan de Avila (y sus discípulos Bernardino Carleval y Francisco Hernández), Santa Teresa, San Juan de la Cruz; y en el centro de este jeroglífico o, mejor, de este desfiladero por donde todos tenían que pasar, los Alumbrados, modestos clérigos y gentes humildes del mismo recinto de la Iglesia y a quienes les esperarían las cárceles de la Inquisición, entre otras cosas, porque eran personas, digamos, de raptos, fábulas y melindres espirituales como, pongamos por caso, que **«no se debían confesar al confesor, sino darse un pellizco en el corazón y confesarse a solo Dios»**, en fin, asuntos reservados a plumas más eruditas que a ésta que es-



cribe, por no estar ella al alcance de conocer los verdaderos secretos de tan altos delitos y herejías.

Por eso, para rematar al amparo de un reconocido erudito, digamos como colofón en qué consistía un Auto de Fe, según lo describe Alvaro Huerga: **«La imagen tétrica que suele correr por libros y grabados no responde a la realidad. Es pura leyenda negra, más o menos recargada»**. Y prosigue apoyándose en una cita de B. Llorca (...), que dice: **«La idea que suelen tener muchos sobre los Autos de Fe, fomentada por los adversarios de la Inquisición, es que eran sencillamente una fiesta extraordinaria, en la que se reunían grandes masas de la población, presididas por las primeras autoridades del Estado, con el fin de presenciar la ejecución de los herejes condenados por la Inquisición. Según este concepto, en el Auto de Fe contemplaban las muchedumbres a los infelices condenados a muerte cómo se retorcián en medio de las llamas (...). En realidad, los Autos de Fe no eran otra cosa, como indica el mismo nombre, que grandes manifestaciones de entusiasmo y afianzamiento de la Religión Católica, que era la religión del Estado y de toda —(?)— la población española. A este fin iban encaminados todos los preparativos y toda la solemnidad de que se les rodeaba. Podían muy bien compararse con los grandes congresos o manifestaciones populares religiosas de nuestros —(!)— días.»** (Precisamente el libro *«La Inquisición Española»*, de B. Llorca, está publicado en el año 1936.) **«El que entonces se tomara como base de estas manifestaciones de fe y entusiasmo religioso la condenación de algunos herejes, está en consonancia con las costumbres del tiempo, que no debemos olvidar nunca si queremos ser justos en la apreciación de los hechos.»**

No, no lo olvidaremos: pero simplemente, ¿no hubiera sido mejor con otros modales?, o dicho de una manera más espontánea, aunque sea con latín prestado: **pulsus bonus et urina sana, et eger tendit ad mortem.**

JOSE MASCARAQUE DIAZ-MINGO



†
"EL AYER DE HOY SERÁ EL FUTURO DE
MAÑANA, PORQUE LA LEPRO DEL ESPÍ-
RITU ESTÁ EN EL SER Y ES INHERENTE
A SU CRECIMIENTO, NO A SU CREACIÓN."

"NO HAY RESPUESTAS PUES NO SON NE-
CESARIAS LAS PREGUNTAS PARA COMPRENDER, BAS-
TA, CON MIRAR Y SENTIR EL AMBIENTE. NI SIQUE-
RA LA PROPUESTA MAS CERCANA A LA ELIMI-
NACIÓN DEL PROBLEMA, "EL MANIFIESTO DEL SUICIDIO
MASIVO" PROMULGADO POR "EL EMPERADOR DE LOS NO-CU-
BOS", PUDO ACABAR DE RAÍZ CON EL MAL,
PUES EL SER RENACE SIEMPRE,
COMO LA MALA HIERBA."



†
"POR ELLO, DE QUÉ SIRVE
TRANSMITIRLO LO QUE ME FUE
LEGADO EN ENSEÑANZAS DE SA-
BIDURÍA Y RAZÓN, SI NO HAY
OIDOS QUE ESCUCHEN ADENÁS
DE OIR, NI OJOS QUE MIREN
APARTE DE VER, NI BOCAS QUE
NO HABLEN SIN DECIR."

"QUÉ SENTIDO TENDRÍA EL
ENVIARLOS POR EL MUNDO, TAL
Y COMO SE HACÍA ANTAÑO."



†
"DESPUES DE HABERLO PRO-
BADO TODO, QUÉ QUEDA SINO EL
HORRIBLE DESCUBRIMIENTO DE VER
QUE ESTAMOS OTRA VEZ EN EL PRIN-
CIPIO. ~ CUANDO EL AMOR FUE
CORROMPIDO, EL ÚLTIMO BASTIÓN DE
LA CONCIENCIA SE DERRUMBÓ CON
EL, Y A PARTIR DE ENTONCES ESTAMOS
SOLOS, SOLOS CON NOSOTROS
MISMOS."

Blm Cardenal Cisneros

HEMEROTECA



BPM Cardenal Cisneros